El núcleo del Evangelismo Lección 10

¿Quién gobierna tu vida?

Una pregunta que parece simple… ¿realmente lo es?

Todos servimos a algo

Mucha gente cree que la libertad consiste en no obedecer a nadie. Pero Jesús muestra algo diferente: «Ninguno puede servir a dos señores… No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24). Siempre hay algo gobernando el corazón.

¿Quién no vive contando dinero? Tenemos también la tendencia a perseguir «el éxito». El placer lo buscamos casi sin pensarlo, desde las delicias de la mesa hasta los afectos. Muchos se pierden en el laberinto de la reputación, y el miedo, muchas veces, nos deja congelados en una misma vida por años.

Ninguna de esas cosas es mala en sí misma. El problema aparece cuando ocupan el lugar que le corresponde a Dios, que es mucho más grande que lo que nos preocupa y que lo que necesitamos.

No existe el vacío espiritual. La pregunta no es si tenemos un señor. La pregunta es **quién** es nuestro señor.

El arrepentimiento: mucho más que sentir culpa

Arrepentirse no es llorar. Arrepentirse no es sentirse mal. Arrepentirse no es prometer hacerlo mejor. Arrepentirse es **cambiar de dirección**. Es como quien descubre que va conduciendo por el camino equivocado: no importa cuánto lo lamente, lo que importa es que gire el volante. Lo decisivo no es la tristeza, sino el destino.

«Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados» (Hechos 3:19).

Por eso arrepentirse no es solo lamentar el pasado. Es, espiritualmente, volver a Dios.

Estamos cerca de hablar del nuevo nacimiento, pero sería ingenuo llegar a él sin preguntarnos primero por qué. Como digo muchas veces: podemos sumergirnos en las aguas y salir con el viejo hombre a cuestas. Las aguas no tienen magia. El cambio de dirección ya debe estar en nosotros cuando entramos en ellas; el agua es el marco donde se produce la conversión: alguien muere, alguien nace.

Pablo lo expresó así: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20). No de manera literal, sino en espíritu: después de la conversión, nuestra mente busca alinearse con Cristo.

Aceptar a Cristo como Señor

«¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6:46).

Vivir en Cristo no es una idea.

Muchos aceptan las palabras de Jesús. Muchos lo admiran. Muchos creen que existió. Pero aceptar Su autoridad es otra cosa. Aceptar la Palabra de Cristo significa reconocer Su derecho a dirigir nuestra vida.

No seguimos a Jesús porque lo entendamos todo. Lo seguimos porque hemos llegado a confiar en Él. No obedecemos porque comprendamos cada detalle de Su plan, sino porque confiamos en Aquel que lo diseñó.

Si Cristo es Señor, escucharemos Su voz. Si escuchamos Su voz, creeremos Su palabra. Si creemos Su palabra, nos arrepentiremos. Si nos arrepentimos, obedeceremos. Y cuando lleguemos al bautismo, ya no estaremos preguntando: «¿Tengo que hacerlo?»

Un reto para esta semana

Identifica una cosa que compite por el trono de tu corazón (dinero, éxito, placer, reputación o miedo) y pregúntate con honestidad: *¿qué decisión de esta semana revela quién es realmente mi señor?* No se lo anuncies a nadie. Solo cambia de dirección en esa decisión.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué es lo que más gobierna mis decisiones cotidianas?
2. ¿Mi arrepentimiento ha sido tristeza por el pasado, o un cambio real de dirección?
3. ¿Hay algún área donde llamo a Jesús «Señor» pero no hago lo que Él dice?
4. Si Él es mi Señor, ¿qué me impide obedecerle?